

Reflexión sobre Rubem Fonseca¹

MARCO MARTOS CARRERA
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
marco33@ozu.es



El día de hoy la Universidad Nacional Mayor de San Marcos honra a sus tradiciones recibiendo a Rubem Fonseca, el representante más conspicuo de la cultura del Brasil contemporáneo, y haciéndolo rinde homenaje a su país originario y a la lengua portuguesa hermana de la española que es la lengua franca en nuestra nación. Expresa también el deseo evidente de nuestra Facultad de Letras y Ciencias Humanas de abordar la Literatura de Brasil como parte sustancial de la Literatura Latinoamericana y no como algo ajeno, pero vecino, cuando decimos profesar un interés por la Literatura Hispanamericana.

Dos cuestiones de fondo en el estudio de la obra de un escritor tienen suma importancia: la cultura en la que se forma y otra, su propia biografía. La cultura del Brasil, sobre todo en el plano literario se formó en vínculo estrecho con la cultura de Portugal, pero pronto la tierra americana, las gentes nacidas aquí fueron dejando su impronta en eso nuevo que nacía y que está dejando honda huella en la cultura universal. En ese sentido un narrador como Machado de Assís, aludido irónicamente por uno de los personajes de los cuentos recientes de Rubem Fonseca, es en el siglo XIX, la mejor manifestación de talento literario de América del Sur. Su nombre se pronuncia con respeto al lado de otros grandes escritores de diferentes latitudes que son los fundadores del cuento contemporáneo: Poe, Chejov, Maupassant.

Brasil, en la primeras décadas del siglo XX ofrece al mundo a grandes narradores: Lima Barreto, José Monteiro Lobato, Joao Guimaraes Rosa, Jorge Amado y más recientemente Clarice Lispector. De esa raza de escritores es Rubem Fonseca.

En el plano personal, Fonseca fue durante algunos años alguien que trabajó como policía. Ese hecho que puede parecer nimio en la biografía de un escritor se convirtió en algo central de su experiencia de vida puesto que le

¹ Discurso de orden leído por el Dr. Marco Martos en la ceremonia del Doctorado Honoris Causa otorgado a Rubem Fonseca el jueves 27 de agosto del 2009.

permitió conocer todo tipo de personalidad detrás del escritorio en el que resolvía cada uno de los conflictos que se presentaban en las comisarías. Más que un policía de la calle, Fonseca fue una especie de juez de paz, un jurista, un entendido designado para resolver los casos más difíciles. En esos primeros tiempos la literatura no era uno de sus más caracterizados amores. Entre los datos que hemos recogido no figura si el futuro escritor conoció o no a los grandes autores de la novela negra Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Ross Mc Donald, pero son sin duda, sus parientes literarios. Fonseca en su característica novela *Agosto*, suma un ingrediente que no tenía ninguno de sus ilustres predecesores: el político.

La historia de Getulio Vargas es conocida en el ámbito de los historiadores y de los políticos. Llevado en 1930 al gobierno del Brasil por un golpe de Estado de índole revolucionario, fue sacado de la primera magistratura precisamente a través de otro movimiento militar en 1945. Pero poco tiempo después, encabezando dos partidos el PTB de izquierda y el PSD de derecha, ganó las elecciones. En 1954, uno de sus partidarios más conspicuos, el Secretario del Trabajo Joao Goulart, encabezó la nacionalización del petróleo y Carlos Lacerda, un periodista de derecha, vinculado a una conspiración golpista inició un durísima campaña contra Getulio Vargas aprovechando los indicios de corrupción administrativa, censurando la intervención de los militares en política, la participación de comunistas en puestos de gobierno. Con este telón de fondo, en el que también intervienen las grandes empresas norteamericanas, Fonseca construye su novela. El personaje central Alberto Mattos, un comisario de policía deseoso de hacer justicia en un Brasil roído por la corrupción, en el que alternan hermosísimas mujeres con pistoleros a sueldo, aunque nunca pierde sus objetivos centrales, aparece como incapaz de transformar la estructura del mal que se enseñorea en todos los lugares. La novela de Fonseca nos regresa, dicen los editores mexicanos que han propiciado la traducción, a la paradoja de Leonardo Sciascia: en nuestros países toda administración de justicia es perversa. De otro lado, estrictamente dentro de los relatos que podemos llamar policíacos, podemos decir que la literatura negra expresa bien lo que sienten los seres humanos coetáneos a los autores que las escriben. Para Poe el asunto policial era fundamentalmente un enigma que había que resolver. Con Hammett aparece la desconfianza de la gente respecto a los agentes del orden: es por eso que existen los detectives privados. Sin embargo, como ocurre con Chandler, todavía se ve una cooperación entre los detectives privados y la policía. Ross Mc Donald, por su parte, consigue lo menos, una especie

de empate entre quienes delinquen y entre los que combaten el latrocinio o el crimen. Con Fonseca se da un paso diverso: el delito invade todos los campos y la política no es excepción. Gran parte de los recursos que empleaba Lacerda contra Getulio Vargas eran armas vedadas. Vargas se suicidó, y sin duda pueden encontrarse razones psicológicas para su difícil decisión pero, aparte de eso, políticamente era un líder acorralado. No en vano a su antagonista Carlos Lacerda lo apodaban “el cuervo”.

En un cuento titulado *Teoría del consumo conspicuo* que ha sido traducido como *Carnaval* al español Fonseca narra una historia de un hombre que baila con una muchacha enmascarada en la última noche de carnaval y tiene la secreta y obvia intención de arrastrarla al lecho. Procuraba mantener una tradición personal repetida siempre: acostarse al final de los carnavales con una mujer diferente cada año. Creía que algo malo le podía ocurrir si no cumplía ese antiguo propósito. Medio desalentado en la mañana del miércoles de ceniza, consigue por fin llevar a la muchacha hasta su casa. Ella se niega terminantemente a quitarse la máscara y cuando finalmente lo hace apaga toda atmósfera erótica pues su nariz no es de su gusto y ella la detesta. Esta muestra de confianza busca un rédito que se consigue: el préstamo de una cantidad de dinero para hacerse la cirugía. Decepcionado, el hombre firma un cheque por esa cantidad, justo el dinero que tiene de su indemnización laboral y la deja irse sin pedir nada a cambio, convencido de lo absurdo de su gesto y de la gratuidad de operar una nariz tan bonita.

Este cuento tiene un aire de familia con otros que ha escrito Fonseca y que están bastante alejados de la temática policial que en cierto sentido le es característica. Sería algo cándido pensar que un gran autor solo puede escribir de un solo tema. En este caso, como lo ha dicho el crítico español Francisco López Alfonso, la intrascendencia de la anécdota no es sino una apariencia, otra máscara –nada más coherente en un relato de carnaval– tras la que se esconde un misterio que quizá no se pueda explicar o comprender. Fonseca consigue algo apenas entrevisto: aproximarnos a los personajes que son los seres anónimos, la mayor parte de la gente que pulula en las ciudades que cumplen con emoción y dignidad el papel que la sociedad les asigna. Nos es posible comprender que tanto el hombre como la mujer llevan una vida pobre y ansiosa. Dentro de esta característica advertimos que tiene sentido la comparación que hace el hombre de su superstición, llevar religiosamente a la cama a una mujer al final de cada carnaval, con las prácticas pías que repiten hasta el infinito la concurrencia a las iglesias en ciertas fechas del año. En el imaginario masculino, muchas aventuras amorosas son

la vida. Cada mujer que pasa por su lecho anuncia la definitiva, la que será la felicidad. La mujer, al querer cambiar de nariz, expresa el sentido profundo del carnaval: ser otro. En el carnaval el tiempo se pone de cabeza, todo lo que se diga será nuevo y diferente. Cuando amanece el miércoles de ceniza, la magia subsiste, pero disminuyendo rápidamente y queda la impenitente esperanza de que otra vez algo increíble llegará el próximo año. Un cuento de Fonseca vale no solo por lo que nos dice con su estilo duro, seco, áspero, directo, sino por lo que nos deja pensando. El carnaval se parece al amor en lo que tiene de esperanza y de entusiasmo, parece un camino a la eternidad y al mismo tiempo resulta su caricatura, como es caricatura del amor el puro deseo carnal. El amor para el cristianismo es ágape, es caridad es dar al otro, entregarnos al otro sin esperar recompensa. Y ese es el amor del caballero andante, de Amadís de Gaula por Oriana y más tarde, el de Quijote por Dulcinea. Hilachas de ese amor quedan en los personajes de los cuentos de Fonseca. Así, en el cuento que comentamos ¿qué lleva al hombre a firmar un cheque para que una desconocida con la que no va a tener relaciones como desea? Solo el reconocer la humanidad del otro, de la otra en este caso. Y ese es el primer paso para el afecto verdadero, aquello que los filósofos llaman el principio de alteridad: ponerse en el lugar del otro. En esa cadena de perfecciones que el amor propicia lo que quiere el que ama es juntarse con la perfección de lo amado. Baudelaire quería buscar lo nuevo, cielo o infierno, no le importaba, le interesaba lo desconocido. La pluma, el corazón y el cerebro de Fonseca se sitúan como ese personaje Alberto Mattos de la novela *Agosto* en el centro de un mundo que no se puede cambiar, pero ahí, entre cafichos y asesinos, entre truhanes y gente común, aparece el ansia de elevación del ser humano como en el cuento del Carnaval.

Como aparece en las reseñas y en las miles de páginas de Internet que le son dedicadas, Rubem Fonseca es uno de los autores literarios más importantes de la literatura del Brasil y de la lengua portuguesa y ha merecido por eso algunos de los premios literarios más importantes de esa área lingüística. El destino ha querido que, merced a la tenacidad de muchos, la Universidad Nacional de San Marcos lo reciba hoy con todo honor, y que un profesor del claustro, el que habla, que aprendió a leer con los textos de José Monteiro Lobato, en su condición también de Presidente de la Academia Peruana de la Lengua, le dé la bienvenida.

Por lo dicho y por lo tácito el claustro ha acordado conferir a Rubem Fonseca el grado de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.